

Resistencia y República. Un debate ininterrumpido

Massimo Legnani

En los años que van desde 1943 hasta 1947, período en que la alianza de los partidos antifascistas desplegó su máxima actividad, tres fases destacadas caracterizaron la lucha política: la constitución de los Comités de Liberación Nacional (CLN), la fundación de la República y la aprobación de la nueva Carta Constitucional.

La confluencia de militantes del *Partito d'Azione* (PdA), comunistas, demócrata-cristianos, socialistas y liberales en los CLN asegura una dirección de tendencia unitaria a la resistencia armada contra los alemanes y los fascistas de la República Social Italiana y facilita su desarrollo en la recta final de la campaña de Italia y de la segunda guerra mundial. El CLNAI (CLN Alta Italia) a finales de 1944 consigue arrancar la autorización para representar al Gobierno central en la Italia aún ocupada, promueve la sublevación de abril de 1945 y asegura el relevo de los poderes en el momento de la liberación. En el referéndum institucional de junio de 1946 la orientación republicana de la gran mayoría de la formación antifascista que da vida al Gobierno nacional logra la sanción del electorado; al mismo tiempo es elegida una Asamblea Constituyente en la que DC, PSI y PCI consiguen casi las cuatro quintas partes de los escaños. Dieciocho meses más tarde, en diciembre de 1947, la Constituyente aprueba la nueva Carta Constitucional que entrará en vigor el 1 de enero de 1948. En esta fecha, sin embargo, el cuadro político ha cambiado profundamente. La coalición antifascista de Gobierno se había disuelto definitivamente en mayo de 1947. La exclusión del Gobierno

de comunistas y socialistas había llevado a la formación de un Gobierno de centro-derecha, prelude de los gobiernos centristas que, siempre bajo el liderato del político católico De Gasperi, gobernarán ininterrumpidamente el país en los años de la primera legislatura republicana (1948-1953). Será puente entre las dos fases el triunfo electoral democristiano del 18 de abril de 1948, que asegura a la OC la mayoría absoluta en el Parlamento sancionando al mismo tiempo la salida moderada de la larga y difícil transición abierta tras la caída del régimen fascista.

El declive de la coalición antifascista fue, pues, anterior a la aprobación de la Constitución; por otra parte, también el período anterior había sido salpicado por tensiones crecientes dentro de la alianza, tensiones provocadas no sólo por el desarrollo de las relaciones internacionales (deterioro de las relaciones entre las potencias occidentales y la Unión Soviética), sino también por la distinta identidad ideológica, política y social de los partidos integrantes de la coalición y por el hecho de que tales discrepancias se hacían más patentes cuanto más la formación antifascista tomaba contacto con los problemas del país. Teniendo en cuenta todo ello, CLN, República y Constitución aparecen no sólo como el resultado de un esfuerzo común que consigue prevalecer sobre las divergencias, sino también como metas alcanzadas a través de trabajosos compromisos, ocasiones de contrastes significativos y conquistas en distinta medida parciales y precarias. Es necesario entonces volver a recorrer los años 1943-47 para entender mejor la compleja lección que encierran, para delinear los diversos impulsos que se han producido, para evidenciar los objetivos realizados (y en primer lugar la República) y finalmente para captar los elementos de contraste que paulatinamente se han ido acumulando. Si no se tiene en cuenta toda esta complejidad tanto de los pactos como de las tensiones se nos escapa el valor periodizante que tuvieron aquellos años de la historia de Italia del siglo XX y es imposible comprender del todo cómo los acontecimientos de aquel entonces continúan siendo objeto de una constante disputa tanto política como historiográfica, disputa que hoy en día se ha reavivado más a raíz de lo que comúnmente se ha dado en llamar crisis de la primera República.

En los CLN —como se ha dicho— los partidos antifascistas aunaron sus esfuerzos para guiar la salida del fascismo. Sin embargo, la política de unidad nacional contra los alemanes invasores y los co-

laboracionistas fascistas de la RSI tuvo un área de acción que iba más allá del ámbito antifascista. En ella el antifascismo se saldaba con el Estado monárquico que en el Sur había sobrevivido al armisticio del 8 de septiembre de 1943. El prejuicio antimonárquico que se fundamentaba en la denuncia del contubernio de la corona con el fascismo (uno de los *leitmotiv* de la propaganda antifascista a lo largo del transcurso del régimen) fue congelado y en abril de 1944 el Mariscal Badoglio pudo dar entrada en el Gobierno a exponentes de los partidos del CLN. La disponibilidad del PCI, manifestada por Palmiro Togliatti a su regreso a Italia desde la Unión Soviética, facilitó la operación. La preocupación de movilizar todas las energías en la lucha contra el nazifascismo iba acompañada, en el diseño del líder comunista, por la voluntad de secundar la política exterior soviética que, dando por hecha la inserción de Italia en la esfera de influencia angloamericana, presumía moderación para conseguir a cambio una postura análoga de las potencias occidentales en la Europa oriental y balcánica, hacia la cual se orientaban las miras expansionistas de la URSS. Si la entrada de los partidos antifascistas en el Gobierno facilita la actividad militar de la resistencia en el centro-norte (gracias también a un mayor compromiso de los angloamericanos en sostenerla), al mismo tiempo da lugar a una serie de asimetrías políticas que se reflejan sobre los equilibrios internos de la formación antifascista. Se tuvo una prueba de ello tras la liberación de Roma en junio de 1944. Vittorio Emanuele III abdicó y delegó sus poderes en su hijo Umberto; el Gobierno (desde entonces y hasta la conclusión de la contienda se sucedieron dos ejecutivos presididos por el anciano político socialdemócrata Bonomi) osciló -en la individualización de su referente institucional- entre Umberto y el CLN, pese a que este último había reivindicado para sí el ser la única y legítima fuente de poder. Además se remonta a esta fase el acuerdo, que luego sería desechado, de confiar la elección de la forma institucional del Estado a la Asamblea Constituyente que se elegiría en el momento de la liberación del país.

En las regiones septentrionales, donde se desarrollaba principalmente la resistencia armada, el compromiso GLN-monarquía despertó recelos y también resentimientos. Aunque no faltasen formaciones partisanas llamadas autónomas, a menudo al mando de oficiales del ejército fieles a la corona, la mayor parte de las unidades estaban bajo el mando de las Brigadas Garibaldi y de *Giustizia e Libertà* que

actuaban a las órdenes del Partido Comunista y del PdA, respectivamente. Además, la unidad antifascista que se había realizado en los CLN, pese a ejercer un papel suficientemente propulsor en 10 concerniente a la expansión de la guerrilla y sobre todo a su acreditación en el plano político, revelaba al mismo tiempo limitaciones innegables justamente en la cuestión de fondo, es decir, en 10 relativo a las perspectivas futuras de los propios Comités, y concretamente si deberían continuar ejerciendo un papel, y cuál, también después de la liberación. A caballo entre 1944 y 1945 los partidos antifascistas se enfrentan sobre este dilema con el resultado de un cuadro de posturas ampliamente divergentes. Al PdA, que indica sin vacilaciones en los CLN el instrumento que deberá guiar también la fase sucesiva de la transición (y a este papel de los Comités confía la contraseña de la «revolución democrática»), democristianos y liberales contraponen que los CLN tienen valor sólo en cuanto respuestas contingentes a una situación excepcional y que por 10 tanto deberán cesar con el fin de la emergencia y ceder el paso a órganos y dirigentes avalados por las elecciones del electorado. Diversamente, sostienen además DC y PLI, los Comités asumirían una función jacobina que corre el riesgo de reproducir, con signo inverso, el poder tiránico contra el cual se lucha. Si la réplica de los componentes moderados es de clara intransigencia, también la postura de socialistas y comunistas, pese a reconocer los méritos de los CLN y la tarea esencial que han desarrollado, lleva hacia direcciones muy alejadas de la propuesta de los miembros del PdA. El PSI considera la liberación como un paso hacia cambios en sentido socialista y opina por 10 tanto que organismos tales como los CLN, expresión de corrientes políticas distintas y vinculados a la norma de la unanimidad, representarían un freno más que un empuje. El PCI, por el contrario, pone en primer plano el problema de las alianzas, considera que es preciso hacer cualquier esfuerzo para continuar en la línea de colaboración con la DC en cuanto expresión de las masas católicas y ve por 10 tanto en los CLN sólo unos instrumentos transitorios de movilización. La suerte de los Comités, pues, está echada aun antes de la sublevación. Durante el Gobierno presidido por Ferruccio Parri (junio-noviembre de 1945), el más próximo, por su línea de conducta y composición interna, al frente antifascista que había guiado la resistencia, los CLN continuarán subsistiendo, pero sólo como órganos de orientación y consulta. Aplastados por la Administración militar aliada y de hecho abandonados

por los principales partidos, perderán rápidamente toda función real.

Tras la formación, en noviembre de 1945, del primer Gabinete presidido por el líder católico Alcide de Gasperi, la situación política entra en una nueva fase que ya se desarrolla fuera del esquema ceele-nista y gira alrededor de la colaboración entre democristianos, comunistas y socialistas. El peso de la DC aumenta progresivamente al aprovecharse no sólo del apoyo de la Iglesia católica (un apoyo totalmente inspirado en la intransigencia anticomunista), sino también del respaldo de los angloamericanos que por supuesto el propio De Gasperi solicita repetidamente. Estos condicionamientos aparecen muy claramente a través de la creciente inflexibilidad de las fuerzas moderadas que guían el proceso de normalización. Las decisiones (tomadas por el Gobierno tras agotadoras negociaciones) de confiar la elección institucional directamente al electorado y no a la Asamblea Constituyente (como se había acordado en 1944) y de restar a esta última los poderes de Parlamento ordinario reflejan la voluntad de compensar, con la influencia de la opinión moderada mayoritaria en la capital y en el Sur, la movilización de la izquierda, especialmente viva en el resto del país.

La recuperación de las fuerzas conservadoras es un hecho y el voto del 2 de junio de 1946¹⁰ refleja. La República prevalece, aunque con una diferencia mínima, y sobre todo en el Sur, declaradamente monárquico. En la Asamblea Constituyente, socialistas y comunistas disponen cada uno de una quinta parte de los escaños, pero al mismo tiempo la afirmación demócrata-cristiana (casi una tercera parte de los escaños) configura a este partido como el pernio de una futura mayoría anticomunista. Por otra parte, la iniciativa de las izquierdas en el Gobierno se ve frenada por el miedo de una crisis en las relaciones con la DC. Relaciones de las que en particular los comunistas tienen una visión de futuro anclada en la prioridad de los acuerdos en la cumbre. Por otro lado, la instancia a nivel de intervenciones de reformas en el campo económico y social, esencialmente marcada por las presiones derivadas de los conflictos sindicales, se ve afectada también por las graves insuficiencias en la capacidad de formular propuestas concretas.

En el arco de tiempo que va desde el voto de junio de 1946 hasta mayo de 1947 (cuando, como se ha dicho, comunistas y socialistas saldrán del Gobierno) se agrava la crisis de la colaboración entre los principales partidos de la coalición antifascista debido a factores tan-

to externos como internos. En el interior se levanta la voz de quienes reclaman la contraposición de la DC a los socialcomunistas. Se trata de un frente amplio y complejo, que se extiende desde los influyente ambientes de la jerarquía eclesiástica hasta el movimiento de protesta del *Uomo QuaLunque*, desde la clase empresarial del Norte hasta los grandes terratenientes del Sur. También tienen una nada desdeñable influencia las relaciones internacionales que muestran señales cada vez más evidentes de ruptura entre las potencias occidentales y la Unión Soviética y la consiguiente y cada vez más estrecha vinculación de Italia al área de hegemonía de los Estados Unidos. Por otra parte, en opinión de De Gasperi, el inmediato alejamiento de comunistas y socialistas del Gobierno dejaría descubierto el flanco sobre cuestiones que representan otras tantas etapas esenciales de la transición: la firma del Tratado de Paz y el comienzo de los trabajos de la Constituyente. Cuando se abra la crisis la primera cuestión ya se habrá resuelto, pero no la segunda. Y, en efecto, será decisivo el peso de la coyuntura económica con el verificarse de un abrumador proceso inflacionista que obligará al Ejecutivo a tomar unas decisiones hasta entonces aplazadas. De hecho, el cuarto Gabinete De Gasperi, formado en junio de 1947, acometerá prioritariamente la lucha contra la inflación, confiándola a los exponentes del liberalismo más ortodoxo, Luigi Einaudi en primer lugar, tendiendo un sólido puente hacia los intereses de la gran industria. El cambio radical de la mayoría de gobierno no tiene efectos devastadores sobre los trabajos de la Asamblea Constituyente, ya que la izquierda, a pesar de todo, permanece ligada a la perspectiva de una posible reanudación del diálogo con la DC (el nuevo Gobierno se mantiene sobre una exigua y precaria mayoría de centro-derecha). De este modo, en los últimos meses de 1947 maduran dos procesos claramente divergentes: por un lado se consolida la coalición moderada que configura el bloque de las fuerzas que triunfarán en las elecciones del 18 de abril de 1948 para la primera legislatura republicana; por otro, llega a buen puerto la elaboración de la Carta Constitucional merced a la colaboración entre católicos y marxistas en los principios programáticos cuya ejecución deja a las futuras mayorías de gobierno. Se puede por lo tanto afirmar que el cuatrienio 1943-1947, en el cual se configura el nuevo régimen republicano, se cierra destacando dos datos relevantes. Por un lado, la capacidad de la coalición antifascista para guiar la salida del fascismo realizando un cambio radical de la clase política

y sentando las bases (República-Constitución) del nuevo sistema; por otro, las limitaciones de la alianza que reenvían tanto a elementos preexistentes (la variedad y también la heterogeneidad de la coalición antifascista) como al nuevo escenario mundial delineado por la incipiente guerra fría que actúa como catalizador de los conflictos latentes en la sociedad italiana alimentándolos con todos aquellos factores -ideológicos, culturales y de política de potencia- presentes en el enfrentamiento global Este-Oeste ¹.

Las primeras reflexiones sobre la transición del fascismo a la República, el pasaje de la unidad antifascista a la República moderada, se producen en los ambientes políticos y culturales que han sucumbido. Antes aún que de comunistas y socialistas la denuncia de la «crisis de la Resistencia» proviene de los militantes del *Partito d'Azione* que habían desempeñado un papel muy destacado en la promoción de la lucha armada pero que, a raíz de la crisis del Gobierno Parri, en otoño de 1945, habían salido de la escena (en las elecciones de 1946 conseguirán un puñado de votos, el partido se disolverá al año siguiente y la mayor parte de sus exponentes confluirá en el PSI). El núcleo central de la denuncia, sin embargo, no representa sólo el legado testamentario de quienes podían considerarse los derrotados por excelencia, sino que incluirá también una serie de temas e interrogantes ampliamente retomados por la historiografía posterior. En este sentido el discurso iniciado por los militantes del PdA da vida a una página de historia de la cultura política que sobrepasa el restringido círculo intelectual en el cual el propio partido ejercía mayoritariamente su influencia. La explicación de la que los militantes del PdA consideran como la desperdiciada «revolución democrática» está dentro de la parábola del antifascismo, de la que subraya todas sus lagunas, incertidumbres y contradicciones. La «crisis de la Resistencia» no es, pues, un fenómeno posterior a la liberación, sino un factor ya

¹ Para un perfil completo de los años 1943-1948 véase GINSBORC, P., *L'Italia dal dopoguerra a oggi*, Turín, 1989. Contribuciones de carácter monográfico sobre aspectos y temas específicos en PISCITELLI, E. (ed.), *L'Italia 194.5-48. Le origini della Repubblica*, Turín, 1974; WOOLF, S. (ed.), *Italia 1943-19.50. La ricostruzione*, Bari, 1974; CASTRONOVO, V. (ed.), *L'Italia contemporanea 194.5-197.5*, Turín, 1976; FLORES M. (ed.), *Gli anni della Costituyente. Strategie dei governi e delle classi sociali*, Milán' 1983. Sobre el papel de los principales partidos véase GAMBINO, A., *Storia del dopoguerra. Dalla liberazione al potere DC*, Bari, 1975. Sobre el período 1945-1946 los textos recopilados en VV. AA., *L'Italia dalla liberazione alla Repubblica*, Milán, s. f.

en acto en el transcurso de la lucha armada y debido a las decisiones que se tomaron entonces. Lo que se pone especialmente en tela de juicio es la subvaloración de los problemas relacionados con la organización y dirección del Estado, por lo que el amplio movimiento que había sido impulsado por la Resistencia, en ausencia de salidas reales, se había estancado. No es difícil encontrar en estos esbozos de análisis unos elementos de enlace con la teorización acerca del papel de los CLN como se desprende en los documentos del PdA de 1944, aquellos que, como ya se ha dicho, habían sido rechazados por el antifascismo moderado al tacharlos de jacobinismo o habían sido desestimados por los partidos de la izquierda histórica (pero por motivos opuestos: por los comunistas para no perder los contactos con la DC; por los socialistas por temor a que impidieran alcanzar objetivos claramente socialistas).

En el mismo período también socialistas y comunistas retomaron la tradición se prolongará hasta bien entrados los años setenta-perspectivas de juicio fuertemente ancladas a la experiencia de la Resistencia, de manera más lineal y compacta los comunistas, de forma más heterogénea los socialistas, también como reflejo de las vicisitudes atormentadas de este partido durante la postguerra. En efecto, junto a una línea interpretativa complementaria a la comunista y esencialmente centrada en echar la culpa a la prevalencia de las corrientes conservadoras dentro de la DC, los límites y las incógnitas del régimen democrático instaurado con la llegada de la República, se abren camino también voces minoritarias que ponen el acento crítico sobre la primacía reivindicada por el PCI para el partido respecto al movimiento, y sobre la primacía de las alianzas de gobierno respecto a la movilización popular. Y en efecto, la prioridad que el PCI reconoce a la política de las alianzas empuja progresivamente, a través de la transferencia a veces mecánica de temáticas propias de la lucha política sobre el plano historiográfico, a situar el punto de cambio del reflujó postbélico en la agregación, en torno al partido católico, de intereses conservadores que frenarían y sucesivamente bloquearían el impulso innovador surgido de la Resistencia. El propio Togliatti lo hace objeto de una reflexión histórica. Indirectamente, como cuando en 1950 rememora la figura de Giovanni Giolitti presentándolo (en clave de confrontación no sólo con el fascismo, sino también con el poder democristiano) como quien «entre los hombres políticos de la burguesía... ha ido más allá tanto en la comprensión

Resistencia y República. Un debate ininterrumpido

de las necesidades de las masas populares como en el intento de dar vida a un orden político de democracia y en la formulación de un programa en el que se vislumbró, aunque en esbozo, la esperanza de una renovación». Directamente cuando (poco después de la muerte dellíder católico) dedica un amplio análisis a la labor de De Gasperi destacando su aspecto negativo sobre todo en el hecho de haber favorecido un doble proceso regresivo: «restituyendo el poder económico a una clase dirigente capitalista, cerrada y egoísta... y atribuyendo a las autoridades eclesiásticas una nueva forma de poder político». Pero, añade enseguida Togliatti: «A nosotros los comunistas no nos ha detenido.» El PCI continuó afianzándose cada vez más en la sociedad italiana hasta llegar a convertirse en parte integrante de la realidad nacional, proceso en cuya base está el papel vanguardista y de primer plano que el partido supo conquistarse en el antifascismo y la resistencia. La posición adquirida a través de la Resistencia se convierte por ello en la confirmación de la función del PCI, reivindicada como irreversible. Los puntos cruciales son por ello evidentes: la supremacía comunista en la Resistencia y la restauración democristiana en la postguerra. Los dos momentos se entrecruzan y se iluminan mutuamente porque no habría sido posible la restauración capitalista si antes ese poder no hubiese sido sacudido por la hegemonía que, gracias al PCI, la clase obrera había ejercido sobre el movimiento de la Resistencia. Más adelante volveremos sobre esta última afirmación, ya que constituye un referente nada despreciable del debate continuidad-ruptura que se desarrollará en los años setenta.

Ante estas valoraciones, la literatura de orientación moderada que se produce inmediatamente después de los acontecimientos encuentra algunas dificultades de explicación. La referencia a la Resistencia va acompañada de muchas salvedades. La guerra de liberación sigue siendo un paso obligado hacia la salida de la crisis provocada por la caída del régimen fascista, pero no se la considera como un proceso lineal y autosuficiente que a partir de 1943 conduce a la República. Se vuelve a subrayar, mucho más de 10 que se había hecho durante el desarrollo de los acontecimientos, el carácter contingente de la alianza que dio vida a los CLN y se destaca que este acuerdo, por estar determinado por las necesidades bélicas, no podrá continuar después del fin de la guerra.

Esta referencia vale incluso para confirmar la aseveración de que había sido una guerra de liberación, cuya manifiesta finalidad pa-

tróica legitimaba definirla *secondo Risorgimento*, expresión, más que el primero, de un vasto movimiento espontáneo socialmente indiferenciado. Esta interpretación será cumplidamente puntualizada en el curso de los años sesenta pero muchos de sus elementos constitutivos ya están presentes. Cuando por ejemplo se trata de especificar la aportación católica el acento se pone sobre el rechazo, en ella implícito, de las formas extremas de lucha y por consiguiente de su valor de antídoto respecto a la radicalización perseguida por los comunistas. Se puede por lo tanto evidenciar que la visión de la Resistencia y del nacimiento de la República, dominante en los años cincuenta, coincide con los términos de la lucha política tal como habían cristalizado desde 1947. Visión que sirve sobre todo para confirmar la coherencia interna de las elecciones realizadas por cada partido. Esto no significa la ausencia de temáticas que puedan ser objeto de un desarrollo historiográfico, sino que su formulación en modos demasiado subordinados a la contraposición moderados/izquierda dificulta su utilización en sede de investigación 2.

El panorama cambia en los años sesenta. El comienzo de la distensión Este/Oeste y sobre todo, en el interior, el paso desde gobiernos centristas a gobiernos de centro-izquierda (sustentados sobre una DC que toma distancias de la extrema derecha y de un Partido Socialista que ya se ha alejado totalmente de los comunistas) favorecen la imagen de la República «nacida de la Resistencia». Los riesgos de cristalizar la guerra de liberación en una vulgata oficial se hacen rápidamente evidentes (y darán vida a la tradición de la «Resistencia ensalzada»), sin embargo la atenuación de algunos de los prejuicios anteriores consiente una aproximación y una discusión más articulada de las tesis interpretativas. En breve sin embargo, esta nueva es-

² Sobre la «crisis de la Resistencia» véase la revista *Il Ponte*, noviembre-diciembre de 1947. Las citas contenidas en el texto están sacadas de TOGLIATTI, P., *Momenti della Storia d'Italia*, Roma, 1963 (sobre la política del líder comunista es útil CAROCCI, C., «Togliatti e la Resistenza», en *Nuovi Argomenti*, febrero de 1962); BATTACIA, H., «Le idee de Ha Resistenza», en *Pa.5sato e Presente*, diciembre de 1959; SERENI, K., «Appunti per una discussione sulla politica di fronte nazionale e popolare», en *Critica marxista*, abril de 1965. Sobre la postura de parte de la cultura política socialista, véase BASSO, L., «Il rapporto tra rivoluzione e democrazia e rivoluzione socialista nella Resistenza», en *Critica marxista*, junio de 1965. Sobre las elaboraciones de matriz católica, HOSSINI, G., *Il fascismo e La Resistenza*, Roma, 1955, y COITA, S., «Lineamenti di storia della Resistenza italiana nel periodo dell'occupazione», en *Rassegna del Lazio*, octubre de 1964.

tación se mezcla con los fermentos producidos por los movimientos juveniles y obreros de finales de los años sesenta. En las culturas que ellos expresan, la memoria de la Resistencia constituye un punto de referencia obligado que no sirve para convalidar sino para negar el presente. La imagen es la de la «Resistencia traicionada», es decir la de un movimiento cuya carga innovadora habría sido obstacullada no sólo por los intereses conservadores, sino también por una izquierda dispuesta a sacrificar sus propios objetivos a la alianza con los moderados. Desde esta perspectiva de juicio, la involución de la posguerra es achacada en primer lugar a la postura de renuncia del PCI, decidido a esterilizar y actuar diplomáticamente frente a cualquier situación potencialmente revolucionaria. A través de una abundante literatura, que a menudo mezcla y superpone publicística política y ensayo historiográfico, el punto de cambio se sitúa dentro de la línea del PCI, en el contraste tenido como insalvable entre la política de unidad nacional y la perspectiva clasista. Planteado de este modo, el problema histórico de la Resistencia encontraba su síntesis y su representación en la contraposición entre la «espontaneidad» obrera y la «organización» del Partido, la primera portadora de instancias radicales, la segunda empeñada en enjaularlas en los diseños estratégicos de la cumbre. Más allá de sus evidentes esquematismos (que inducían a encasillar todo momento y aspecto en un modelo explicativo preconcebido), la tesis tenía el mérito de replantear, bajo un distinto perfil, cuestiones hasta entonces poco investigadas. La correlación espontaneidad-organización reabría el no fácil discurso sobre la relación entre la gran mayoría de quienes habían sido empujados hacia la Resistencia por la crisis de 1943 y los cuadros del antifascismo del ventenio e inducía incluso a releer, desde una óptica mucho más crítica, episodios como las protestas obreras de marzo-abril de 1943, que la tradición comunista desde siempre había reivindicado como obra directa de los cuadros del partido. Y sin embargo en la mayoría de los casos la exasperada polarización espontaneidad-organización se limitaba a servir de presupuesto para volver del revés la versión anterior, trasladando la primacía desde el partido a la clase. La clase obrera se convertía así en depositaria del auténtico espíritu de la Resistencia, sus iniciativas coincidían con los momentos más álgidos del movimiento y dictaban el paradigma sobre el que medir sus éxitos. Por ello la crítica a la línea de Togliatti, juzgada compromisorio y preventivamente renunciataria ya que tendía a disciplinar, si no a este-

rilizar, la carga potencial que latía en las luchas obreras. La versión comunista oficial coincidía en afirmar -como escribió Battaglia, entre otros- que la Resistencia había sido «dirigida por la clase obrera» y consideraba, -son palabras de Sereni-, el posterior «sacrificio de los objetivos socialistas» como un inevitable parón debido a «ese numen implacable ante el cual se celebran todos los grandes sacrificios de la historia: los númenes y el altar de las relaciones de fuerzas». La «nueva izquierda» por el contrario hipotizaba una separación original, genética, de finalidades entre la «espontaneidad» obrera y la lógica de mediación en la que había quedado atrapado el grupo dirigente del Partido. Cabe sin embargo observar que la contraposición entre estas dos interpretaciones presuponía una premisa común, es decir que en los años 1943-1945 hubiesen sido sacudidas las bases del sistema capitalista; de hecho ambas veían la posguerra como el lugar de la «restauración capitalista» que, para unos había nacido de desfavorables relaciones de fuerza y para otros de la aquiescencia del PCI hacia los componentes moderados de la coalición antifascista.

Si hoy, con la distancia del tiempo, volvemos a considerar aquella disputa, su orientación hacia la individualización de una fase de «restauración capitalista» aparece mucho más significativa que la contraposición clase/partido. Poner el poder económico bajo la lupa y recorrer la transición desde el fascismo a la República como si hubiese sido caracterizada por una debilitación de ese poder significa mirar a los años que van desde 1943 a 1945 desde un observatorio en condiciones de revelar algunas tendencias de fondo de la Italia del siglo XX. Si a esto le añadimos que en el mismo periodo de tiempo retomaba vigor -a raíz también de la biografía de Mussolini que Renzo de Felice empezó a publicar hacia la mitad de los años sesenta- la discusión sobre las interpretaciones del fascismo, se puede fácilmente comprender como se iba delineando una amplia área de debate estructurada sobre el entrecruzarse de los cambios políticos (desde la Italia liberal a la fascista y luego a la republicana) por un lado y por otro las persistencias visibles a nivel de agregaciones económicas, jerarquías sociales, y aparatos públicos. Al mismo tiempo el primer ventenio republicano adquiriría una importancia extraordinaria gracias a las profundas transformaciones que se iban produciendo (establecimiento de una sociedad industrial por caminos que parecían aún englobar y volver a proponer desequilibrios y dualismos an-

tiguos) y que reverberaban sus efectos incluso sobre la cultura histórica induciéndola a replantearse el interrogante sobre el sentido del acontecer post-unitario en su conjunto. En el trasfondo de esta perspectiva más **amplia**, la transición del fascismo a la República aparecía como un caso de estudio ejemplar, un terreno más significativo que cualquier otro para reflexionar acerca del nexo continuidad/ruptura como punto de partida para poder comprender mejor los fenómenos que se habían producido en aquel momento. Guido Quazza fue el historiador que trató de manera más orgánica estas temáticas y evidenció de modo significativo su alcance postulando una más estrecha correlación entre Resistencia e historia de Italia. La visión de un proceso claramente dividido en dos tiempos (la apertura revolucionaria que representó la resistencia antes, la retirada de la postguerra después) cedía el paso a un análisis más profundo del carácter específico de cada sujeto y situación. Los distintos aspectos del movimiento de resistencia asumían un cariz más concreto (las luchas obreras, pero también el mundo campesino como contexto en donde había madurado principalmente la relación guerrilla-sociedad; la iniciativa política y militar de los partidos, pero también el bando partisano como entidad ampliamente autónoma que había afrontado la prueba valiéndose en primer lugar de sus propios recursos, ya que la red de los CLN y de los núcleos del partido eran a menudo una realidad lejana) y transmitían a la postguerra un legado que no coincidía necesariamente con las dinámicas que se iban produciendo en el seno del recién formado sistema de los partidos. De este modo emergía más elaramente el hecho de que la guerra partisana había germinado desde las capas más **bajas**, la incidencia de lo que Quazza definía «antifascismo existencial» y la presencia de fermentos de contestación explícita a la estructura social que el fascismo había plasmado. Algo muy distinto evidentemente de la hipótesis de un manifiesto estado de crisis del poder capitalista que de todos modos no había atravesado pasivamente el bienio 1943-1945, sino que había tejido, a menudo al mismo tiempo, una tupida red de intercambios bien sea con los alemanes invasores, bien sea con los angloamericanos y el movimiento antifascista. El discurso a propósito de continuidad/ruptura se transfiere de este modo sobre el impacto que la Resistencia había producido en los demás protagonistas de aquel periodo y en este sentido la reconstrucción de la inmediata postguerra se concentraba sobre la relación entre el cambio radical de la clase po-

lítica, que la Resistencia y el nacimiento de la República habían producido en las zonas del centro y del norte, y los crecientes factores de continuismo todavía activos tanto en la vertiente institucional como en la social. Cuestiones como la de la falta de depuración no sólo expresaban muy bien la capacidad de autodefensa y autoconservación de amplios sectores de la burocracia y de los cuerpos del Estado que habían colaborado estrechamente con el régimen fascista, sino que incluso evidenciaban la extendida convicción, por parte del antifascismo, de que los vuelcos políticos de por sí, fisiológicamente, habrían generalizado el cambio. En consecuencia, la relación política-administración se había quedado en el limbo de afirmaciones de principio genéricas, como confirmarían las decisiones de la Asamblea Constituyente en materia de estructuración del Estado. Desde un mismo punto de vista cabe mirar a la vertiente social. Dado por descontado que la instauración de un régimen de democracia política conllevaba de por sí la adopción de un sistema de relaciones sociales antitético a la experiencia fascista, la posibilidad de llevar a cabo unas intervenciones de reforma sobre el cuerpo de la sociedad y de la economía italianas no sólo estaba condicionada por la falta de homogeneidad de los intereses presentes en la coalición antifascista sino que dependía también de la capacidad de los propios antifascistas para percibir lúcidamente las dinámicas que se producían en la sociedad italiana y entender qué huellas había dejado en la misma la labor del gobierno fascista. El convencimiento, entonces muy arraigado, de que el fascismo no había sido más que una dilatada fase de estancamiento económico y de inmovilismo social no favorecía, por supuesto, aquella percepción. A la coexistencia de orientaciones sociales divergentes y al conocimiento aproximativo de la realidad social se añadía, además, el hecho de que los modos de ejercicio del poder (en la práctica totalmente concentrado en las manos del ejecutivo hasta las elecciones de 1948 para la primera legislatura republicana), aún anclados a aquella regla de la unanimidad que ya había estado en vigor en los CLN, acentuaban, en este campo más aún que en el político-institucional, la facultad de los componentes moderados de interceptar y bloquear resoluciones que pudieran resultar desfavorables a los intereses que ellos mismos representaban. Y es en este contexto en el que en torno a la DC se van agregando progresivamente sólidos intereses conservadores (primeros entre todos los de amplias capas de la burguesía industrial que ven en el Partido católico una alternativa

a un Partido liberal demasiado débil y demasiado meridionalizado). Dicha agregación sin embargo no constituye un presupuesto sino un resultado de la lucha política tal y como se había ido desarrollando en el bienio 1943-1945.

Aparece por lo tanto poco productivo evocar la acusación de «traición» que las izquierdas dirigieron entonces a la Democracia cristiana; al contrario, es más procedente valorar la forma en que el nuevo régimen de los partidos, en su conjunto, se relacionaba con el país. En efecto, el ejercicio del poder reprodujo el esquema de un jacobinismo desde arriba que sin embargo retomaba sólo aparentemente la fórmula que el *Partito d'Azione* propuso en 1944. Prolongar la vida de los CLN más allá de la liberación hubiera significado entonces introducir un corte limpio con respecto al ordenamiento anterior. La necesidad de mediaciones y compromisos no hubiera faltado pero habría existido sólo en el seno de la coalición antifascista. La lógica de la normalización a la cual, aunque por distintas razones, se moldearon los principales partidos creó sin embargo una situación de estancamiento que se resolvió a favor de las fuerzas conservadoras justo cuando el contemporáneo agudizarse de los conflictos internos y de las tensiones internacionales hizo imposible el proseguimiento de la colaboración de gobierno entre los católicos por un lado y los comunistas y socialistas por otro ³.

³ Sobre el nexo espontaneidad-organización es útil la reconstrucción contenida en BERTOLO, G., y otros, *Operari e contadini nella crisi italiana del 1943-1944*, Milán, 1974 (pero véase también la introducción de Guido Quazza quien puntualiza sobre la discusión entre los estudiosos y los resistentes que investigan en el Instituto Nacional para la Historia del Movimiento de Liberación en Italia). Sobre las decisiones económicas de la reconstrucción, véase OANEO, C., *La politica economica nella ricostruzione 1945-1949*, Turín, 1975. En lo relativo a la disputa continuidad-ruptura el estudio más exhaustivo es el de QUAZZA, G., *Resistenza e storia d'Italia*, Milán, 1976. Anteriormente QUAZZA había publicado también *La Resistenza italiana. Appunti e documenti*, Turín, 1966, y posteriormente delinearía las premisas para una nueva historia general de la Resistencia, después del primer y único intento llevado a cabo por BATTACLIA, ROBERTO, (*Storia della Resistenza italiana*, Turín, 1953), en «La guerra partigiana: propositi di ricerca», en FERRATINI Tosl, F.; GRASSI C., y LECNANI, M. (eds.), *L'Italia nella seconda guerra mondiale e nella resistenza*, Milán, 1988. A propósito de la «restauración capitalista», véase LECNANI, M., «Restaurazione padronale e lotta politica in Italia 1945-1948», en *Rivista di storia contemporanea*, enero de 1974. Sobre el peso del continuismo burocrático y de los aparatos estatales (terna sobre el cual ya había llamado la atención CIABOD F., *L'Italia contemporanea 1918-1948*, Turín, 1961), véase PAVONE, C., «La continuita dello Stato. Istituzioni e uomini», en *Italia 1945-48. Le origini...*, cito

A comienzos de los años ochenta asistimos a un nuevo cambio de escenario. La confrontación sobre el eje continuidad/ruptura se extingue probablemente sin haber agotado todas sus potencialidades. Paralelamente la historiografía de la Resistencia se adentra en un análisis cada vez más profundo del movimiento, poniendo de relieve las culturas individuales y colectivas de los resistentes y en primer lugar las de los partisanos combatientes. El ensayo de Claudio Pavone sobre la «moralidad en la Resistencia» no es sólo la expresión más ejemplar de esta fase de estudios (que, además, vuelve e proponer aquella definición de guerra civil que la cultura antifascista había ignorado largo tiempo: sobre un aspecto del amplio debate que nació volveremos a hablar más adelante) sino que viene a confirmar la escasa atención que había despertado el tema de los resultados de la guerra de liberación que, sin embargo, hasta entonces había representado un aspecto destacado de la literatura sobre la resistencia en sus diversas expresiones. Hacia finales de los años ochenta, después de las primeras semblanzas que se remontan a la década anterior, la Italia republicana entra a formar parte, de manera estable, de los estudios de historia general: la fase constituyente de la República continúa siendo un pasaje de gran relevancia pero ahora aparece sólo un segmento de un camino mucho más complejo que se alimenta de aportaciones y temas ya separados de los problemas de sus «orígenes». Estos últimos, sin embargo, vuelven a ser terreno de confrontación (y sobre todo de contraposición) a principios de los noventa como reflejo del debate político que acompaña a la crisis de la «primera República». Una vez más, pues **-hay que subrayarlo-** los acontecimientos de los años 1943-1948 se reproponen y se reviven, quizá con más fuerza que en el pasado, según un estrecho entrelazamiento-superposición entre impulsos político-prácticos y elaboraciones historiográficas.

Son los primeros en dictar los tiempos y los modos de la reanudación de la discusión y ello explica el vuelco radical de las perspectivas interpretativas con respecto a los años precedentes. Entonces la discusión se había centrado en los caracteres de la guerra partisana, la cohesión y la fuerza de la coalición antifascista, su capacidad de realizar un régimen de democracia política y social cumplida que encontrara su premisa necesaria en la instauración de la República. Se trataba pues de analizar y verificar qué impacto había tenido la guerra de liberación sobre la estructuración post-fascista. Ahora la

Resistencia y República. Un debate ininterrumpido

crítica tiende mayoritariamente a rebatir no el alcance sino la legitimidad de los cambios simbolizados por la instauración de la República, postulando una relación instrumental de filiación entre la crisis del sistema político estallada a comienzos de los años noventa y la conclusión de la transición de los años cuarenta. Los puntos destacados de la contestación son tres: la contaminación de la coalición antifascista debida a la presencia del Partido Comunista que, al ser antifascista pero no democrático, impide la ecuación antifascismo-democracia; la insuficiente representatividad del movimiento de Resistencia, ampliamente minoritario no tanto respecto al adversario fascista como con relación al conjunto de la sociedad italiana; el carácter instrumental del pacto ceelenista que ambiciona resolver la crisis de 1943 en una perspectiva de mero poder, garantizando posiciones de privilegio a los partidos que lo han contraído. Como se ve, se trata de valoraciones vinculadas entre sí, tendentes a negar de raíz la legitimidad republicana, convirtiéndola de autoreconocimiento de todas las fuerzas que, aunque con motivaciones distintas, habían luchado contra el fascismo, en una especie de movimiento avasallador, animado únicamente por la voluntad de monopolizar la sucesión a la dictadura.

Esta última afirmación se puede referir fácilmente al contexto en el cual se desarrolla en la actualidad la lucha política en Italia. Ante la crisis de los partidos que han sido los protagonistas de medio siglo de historia republicana, las fuerzas de la derecha que han llegado al poder recorren el mismo camino cuya autoría atribuyeron a culpa del antifascismo de los años cuarenta: haciendo justicia sumaria del pasado republicano y erigiéndose en intérpretes auténticos de la voluntad general. El hecho de que no pocos intelectuales se proponen como intérpretes de esta nueva visión de los orígenes de la República no modifica, ni por supuesto enriquece, los imperativos político-prácticos sobre los cuales se modelan estas posturas. Sería por otra parte muy equivocado confinarlas en la polémica contingente. En realidad se presentan como resultado de una reelaboración revisionista que ha ido adquiriendo cada vez más fuerza y espacio en los últimos veinte años y que tiene su centro de gravedad en la normalización del juicio sobre el fascismo cuyo principal intérprete es Renzo De Felice. La negación de toda afinidad substancial con el nazismo alemán, el elogio de los aspectos modernizadores de la dictadura mussoliniana y la eliminación del antifascismo de la historia italiana entre las dos guerra

son algunos de los asuntos que deberían conducir a una visión tranquilizadora de la experiencia fascista y a su plena reinserción en la historia nacional. La caída del fascismo a raíz de su desastrosa participación en la segunda guerra mundial (vista, –es la tesis de De Felice–, como un factor exterior, como si el imperialismo fascista no se hubiese empeñado activamente en provocarla y no se reconociese de lleno en ella) ha dejado un vacío que el antifascismo supo aprovechar sin derecho alguno, lucrándose sobre la inesperada perspectiva que la crisis de 1943 le había abierto.

El acontecimiento que se produjo entonces no consistió en la guerra partisana, sino en la condición de lejanía que asumieron la mayoría de los italianos ante el choque entre fascistas y antifascistas, componentes ambos minoritarios. De este modo la categoría de guerra civil, que Pavone repropone para subrayar la radicalidad del choque y la incidencia que tuvo sobre él, más allá de la lucha contra los alemanes invasores, un ventenio de dominación fascista, se convierte en una fórmula reprobatoria cuya única finalidad es designar el conflicto entre dos extremismos. Un conflicto, en todo caso, que desde el punto de vista con el que se le mira aparece ahora sólo como un epifenómeno de la crisis fascista y que consiente prever que la discusión –si consiguen evitar condicionamientos demasiado vinculados a la coyuntura política– encontrará su propio baricentro en la naturaleza y el legado de la experiencia fascista 4.

Traducción: Luigia Perotto

* PAVONE, C., *Una guerra civile. Saggio sulla moralità nella Resistenza*, Turín, 1991. Sobre las posiciones de Renzo De Felice, además de la biografía de Mussolini en varios tomos (el primero fue publicado en 1965 y el último, relativo a los años 1940-1943, en 1990, también por la Ed. Einaudi), véase en especial/ntervista *sulfascismo*, Bari, 1975. Para las críticas dirigidas a De Felice, véanse TRANFAGLIA N. (ed.), *Fascismo e capitalismo*, Milán, 1976, y QUAZZA, C. (ed.), *Storiografia efascismo*, Milán, 1985. Para las historias generales de la Italia republicana, además de la anteriormente mencionada publicación de Ginsborg, véanse LANARO, S., *Storia dell'Italia repubblicana*, Venecia, 1992, y el primer tomo de BARBACALLO, F. (ed.), *Storia dell'Italia repubblicana*, Turín, 1994. Entre las síntesis realizadas anteriormente recordamos sobre todo CAROCCI, C., *Storia d'Italia dall'unità a oggi*, Milán, 1975, y el tomo de RAGIONIRI, E., y PINZANI, C., sobre la historia política y social de la unidad de Italia en *Storia d'Italia*, Turín, 1976.